

Diez puntos en depravación literaria

NUESTRA escuela primaria dedica un cuaderno especial a lo que denomina iniciación literaria. Vale la pena recorrer sus páginas, para sentirnos asfixiar con la asfixia hereditaria de la escuela, asfixia de la ignorancia nutrida de nociones y transmitida prestamente y sin pausa año tras año a los chicos. Pobrecitas maestras, a nadie le gustar estar asfixiado. Pero me dice una amiga y poeta que dio hace poco tiempo una charla a un grupo de maestras. Y que ellas se asombraban. Levantaban, tímidas, la mano igual que sus alumnos, y querían hacerse repetir el portento: "¿Cómo, señora, entonces, usted dice que la poesía no tiene más fin que ella misma? ¿No debe ser instructiva? ¿Formativa? ¿Constructiva?" Asombro. Y tal vez alivio. Alivio de bocanada de aire en la asfixia. Alivio para las maestras de no sentirse culpables si leen:

"El zumbido de una abeja / un encantamiento me produce. / Si alguien me pregunta por qué / sería más fácil morir / que decir. / El rojo sobre la colina / arrastra mi voluntad; / si alguno quiere burlarse, / tenga cuidado, pues Dios está aquí, / eso es todo. / El declinar del día / eleva mi condición; / si alguien me pregunta por qué, / ¡aquel que me hizo así, / debe decirlo!" Alivio de no sentirse culpables pueden experimentar las buenas maestras, si ese poema inútil como la belleza y la santidad les gusta, pese al inevitable detrimento de la traducción, pues Emily Dickinson era de los buenos.

TAL vez esas maestras enteradas de golpe de que la poesía es la vida, cosa que ya nadie sabe, secreto que sólo conservan los países subdesarrollados que no celebran el Día del Padre, enteradas de golpe las maestras compren libros de poesía. Compren un libro argentino, por ejemplo, *Ensayos elegíacos* de un hombre de La Plata que se llama Silvetti Paz, y en la primera página leen: "Beber un vino solitario, / a las seis, cuando el cielo / cristalino de octubre cae / lento y el día es / anónima medida, cifra / que cada cual recoge y dobla / como antigua carta de amor, / estéril en la memoria; / beber sin nadie el vino, / beberlo como un símbolo / de amistad con lo otro / que comienza en el límite / de nuestra piel: es lo que llaman, / algunos, estar solo." (¿Cómo se arruina la poesía citada entre estas barras espantosas!)

ELLAS, mientras tanto, las maestras asfixiadas-asfixiantes, se inclinan sobre sus alumnos y les dictan para que escriban en el cuaderno de iniciación literaria: "¿Cuando veo flamear mi

bandera / en las alas veloces del viento. / vibra mi alma de niño argentino / rebozando de dicha y contento! / ¿Cuando veo el escudo argentino / con las manos, la pica y el sol, / yo recuerdo que al mundo se ostenta / una nueva y gloriosa nación!"

ENTRETANTO la poesía, que es la vida de los humanos, revolotea y se esquila lejos de aquellos a quienes debería alimentar, que son los chicos, ya que acaban de empezar ellos también la vida de los humanos.

Vaya chiste, la poesía que inspira amor por la patria es toda aquella no patriotería. Unas coplas del Norte, qué cosa buena: "Tengo mi pecho de coplas / que parece un avispero, / se



Por SARA GALLARDO

empujan unas a otras / por ver cuál sale primero." "Yo soy Arjona, señores, / nombre que no se hai perder, / y aunque lo tiren al río / sobre la espuma hai volver."

SI tuviéramos una patria de morondanga, como esa que nos dicen los libros de lectura, habría que conformarse con la basura que nos enseñan. Pero tener una patria tan rara, llena de climas, con razas de indios variados por aquí y por allá, y grandezas, quimeras, batallas, corajes, y cosas modernas, y nuevas rarezas y sorpresas, es un lujo según creo. No merecemos que nos obliguen a aprender aquello de: "Bello país americano: / ¡sed siempre hermanos, buenos hermanos! / Hermanos todos en el amor, / en el trabajo y en el valor. / Hermanos todos en la belleza / en la justicia y en la nobleza." (A propósito: ¿No quedamos, con Goethe, en qué la materia del arte es lo concreto, y no lo abstracto?)

PUEDE ser que llegue el día en que nuestras buenas maestras decidan buscar la poesía, y comprendan que sin ella no tienen sentido ni las matemáticas ni la geografía ni el bordado. Y entonces encontraremos en los cuadernos de nuestros hijos una oración escrita en tiempos incaicos: "¡Oh, Hacedor! Señor de los fines del mundo, misericordioso que da ser a las cosas, y en este mundo hiciste los hombres que comiesen y bebiesen, acrecientales las comidas y frutos de la tierra; y las papas y todas las demás comidas que criaste multiplícalas para que no padezcan hambre ni trabajo, para que todos críen; no hiele ni granice; guárdalos en paz y en salvo." Y también, ya que los chicos meditan sobre la muerte mucho más que los adultos, una cuarteta de Omar Khayyam: "En voz queda, dijo la arcilla al alfarero que la amasaba: «No olvides que fui como tú. ¡No me maltrates!»."

ESE mundo rosado, de chanchitos de Walt Disney, que es el mundo oficial y docente de la infancia, es totalmente falso por fortuna. Los chicos no son triviales. Aman, por ejemplo, entre otras cosas, lo siniestro, como se ve en muchas tiras de televisión, que nadie vacila en endosarles. Yo les pondría en el cuaderno, en cambio, otra poesía quechua que parece de un poeta francés del XIX: "Yo crío una mosca de alas de oro, yo crío una mosca de ojos encendidos. Trae la muerte en sus ojos de fuego, trae la muerte en sus cabellos de oro, en sus alas hermosas. En una botella verde yo la crío; nadie sabe si bebe, nadie sabe si come. Vaga en las noches como una estrella, hiere mortalmente, con su resplandor rojo, con sus ojos de fuego." Este poema sigue. Pero se me ocurre de pronto que por amor a la poesía (y a los chicos) si fuera maestra encontraría algo para ellos en las páginas de Catulo, el más obscuro de los poetas romanos: "Llorad, oh Venus; llorad, Amores, y vosotros todos, hombres sensibles a la belleza. Ha muerto, el gorrión de mi amiga, el gorrión, delicia de mi amiga, a quien mimaba más que a sus ojos; pues era dulce como la miel y conocía a su dueña tanto como una niñita conoce a su madre; no se alejaba de su pecho, sino, saltando de aquí para allá, piaba para ella sola. Ahora va por la ruta oscura de donde nadie, según dicen, vuelve." Etcétera. Por la poesía, un gorrión de dos mil años nos conmueve y nos apena que "a causa de ti los bellos ojos de mi amiga están hinchados y rojos de lágrimas". En el Roman-cero, en el Cid, en Grecia, en la India, en el barrio de la Boca, la poesía está. Nuestras maestras, tercamente, buscan rimas que cantan al ahorro, y la fealdad continúa, sonriente, en su trono cada vez más enorme.